

carrera. En Zaragoza, por medio de varios ejercicios sostenidos en Claustro pleno, pudo ganar algunos años de su carrera y terminó los estudios graduándose con la máxima calificación.

La escasa ayuda económica que recibía de su casa, la necesidad de conservar la beca tan trabajosamente lograda y su afición a los estudios médicos, que más adelante le permitirían destacar y ser conocido por sus estudios fisiológicos, junto a su clara inteligencia, le permitieron destacar sobre el resto de sus compañeros y llamar la atención de sus profesores, que pudieron apreciar su valía científica desde los primeros años de estudios.

Acabada la carrera con las máximas notas, se encontró D. Juan Palarea con un título académico que, si bien certificaba la magnífica carrera desarrollada, no le permitía inmediatamente ganar el sustento necesario para su vida, que falta de la ayuda de la beca, le hacía encontrarse en peor situación que cuando era estudiante. No era fácil encontrar rápidamente un puesto oficial aunque fuera con una pequeña retribución y sus medios le impedían esperar pacientemente a tener clientela en una ciudad con Facultad de Medicina como Zaragoza. El problema era angustioso y el joven graduado no quería solicitar nuevamente la ayuda paterna porque se había propuesto salir adelante por sus propios medios. En estos momentos tan cruciales para la vida de cualquier estudiante que acaba sus estudios, encontró Palarea la ayuda de uno de sus profesores, que conociendo perfectamente la valía de su discípulo, le aconsejó la marcha a Madrid en su compañía, donde intentaría buscarle un puesto oficial que le sirviera de base de partida para alcanzar sus naturales y ambiciosas esperanzas. No encontrando otra solución, marchó a principios del verano de 1807 a Madrid esperanzado en hallar lo que en Zaragoza le era imposible por aquellos momentos.

El profesor de Palarea tenía cierta amistad con el príncipe heredero de España y con la mayor parte de los consejeros de D. Fernando que formaban su camarilla. Llegados a Madrid y presentado en la tertulia el profesor, esperó a que la fortuna le deparara un momento propicio para solicitar del príncipe el cargo que solicitaba para su discípulo, o bien, a petición de éste, una oportunidad para mostrar sus conocimientos e ingenio. Se solía en esta tertulia, con bastante frecuencia, contar cuentos para diversión del príncipe heredero. Los cuentos, la música y la labor de punto fueron diversiones del indeseable Deseado, esperanza y castigo de todo aquel pueblo fervientemente monárquico, que en corto tiempo

